

LA AUSENCIA
DEL MARQUÉS

Crónicas del Guardián de las Llaves

Capítulos I – IX

CAPÍTULO I — EL PESO DEL SILENCIO

17 de noviembre de 1512

Con el permiso de mi señor, el Castillo de La Calahorra, inicio mi relato. Un relato contado por mí, Alonso de Toledo, Guardián de las Llaves.

Hoy es 17 de noviembre de 1512.

La imagen aún resuena en mis ojos: hace dos días vi partir la carroza del Marqués don Rodrigo, acompañado de su señora, doña María de Fonseca, descendiendo la colina roja rumbo a Granada.

Yo mismo fui testigo de cómo abrió aquel pergamino sellado con cera roja.

Lo leyó en silencio, y aunque mis ojos buscaban respuestas en su rostro, no quiso compartir conmigo toda la verdad.

Su serenidad fingida no pudo ocultar la tensión de sus manos.

Fue entonces cuando ordenó con firmeza que la escolta se reforzase.

Ningún recomendado dudoso, ningún extraño entre los leales.

Y creedme, amigos: levantar esa guardia exigió un esfuerzo mayor que el de cualquier fiesta o banquete pasado.

Y así, por primera vez desde la inauguración de estas murallas, el castillo ha quedado bajo mi única responsabilidad.

Sin la presencia del Marqués ni de doña María de Fonseca, soy yo, Alonso de Toledo, quien vela por cada llave, cada torre y cada secreto.

El silencio de estos muros hoy pesa más que nunca.

Aun así, no quedé aislado de mi señor.

Para mantenernos unidos en la distancia, el Marqués dejó en mis manos a cinco emisarios de máxima confianza:

Íñigo de Arévalo, Diego de Baza, Alonso de Dólar, Pedro de Guadix y Gonzalo de Padilla.

Ellos serán mis ojos en los caminos y mis oídos en las plazas, trayendo y llevando mensajes sellados entre Granada y La Calahorra.

Gracias a ellos, sabré de su estancia en la corte y él de lo que acontezca en mis murallas.

Mientras la comitiva avanza por los senderos de la Gran Cordillera Nevada rumbo a Granada, yo permanezco aquí, en vigilia.

Las llaves que guardo custodian no solo puertas, sino también las sombras de lo que ignoro.

Se acercan el invierno y la Navidad.

Los vientos fríos traerán rumores, visitantes y emisarios de doble rostro.

Y yo, Guardián de las Llaves, seguiré relatando lo que ocurra tras estas murallas.

CAPÍTULO 2 — NUEVE DÍAS DE SILENCIO

24 de noviembre de 1512

han pasado nueve días desde la partida de mi señor, don Rodrigo, rumbo a Granada. Desde entonces, mi fortaleza vive en un silencio que pesa como el hierro. El viento del Zenete recorre mis torres con un lamento que parece pronunciar su nombre, y cada eco me recuerda que el Marqués ya está lejos.

De los cinco emisarios que mi señor eligió, dos marcharon con él:

- Íñigo de Arévalo, prudente y constante, hombre de mente fría y palabra escasa.
- Pedro de Guadix, buen jinete, discreto, de mirada serena y paso seguro, designado por el propio Marqués para ser el primero en regresar con las primeras noticias desde Granada.

Los otros tres quedaron conmigo en el castillo, custodiando sus muros y mi conciencia:

- Diego de Baza, sólido como la piedra que pisa, fiel y callado.
- Alonso de Dólar, joven, inquieto, impaciente por servir.
- Gonzalo de Padilla, veterano curtido por los años, sabio en la espera y en el silencio.

El Marqués calculó cuatro o cinco jornadas para llegar a la ciudad y dos o tres para el regreso del mensajero.

Hoy es el noveno día, y Pedro no ha vuelto.

El amanecer ha sido frío.

El cielo, despejado y sin promesa.

Ni los criados hablan, ni los caballos relinchan.

Solo la campana de guardia ha sonado, una vez, marcando el relevo... y el eco se ha perdido en el aire.

Diego vigila el portón, sin apartar la vista del camino de Guadix.

Alonso camina sin descanso, jurando que el emisario se habrá detenido en alguna venta, que la lluvia, el barro o el cansancio le retuvieron.

Pero no llueve.

Y el polvo del camino sigue quieto.

Gonzalo, apoyado en su bastón, observa el horizonte con la calma de quien ya ha visto demasiadas ausencias.

Dice que los hombres regresan si pueden...

y que, cuando no lo hacen, es porque el destino decidió cerrar el sendero.

El día se alarga.

El castillo parece contener la respiración.

Las sombras se mueven lentas por las galerías, y el aire huele a espera.

Subo a la torre oriental.

Desde allí diviso las sendas que bajan hacia la Vega.

Nada.

Ni reflejo de acero, ni silueta de caballo, ni nube de polvo en la distancia.
Solo la tierra quieta, y el cielo inmóvil.

Al caer la tarde, el viento gira hacia el oeste.

Diego no se mueve de su puesto.

Alonso muerde el silencio.

Gonzalo murmura oraciones.

Yo, Alonso de Toledo, Guardián de las Llaves, escribo en mi registro:

"A día de hoy, 24 de noviembre de 1512, el emisario Pedro de Guadix no ha regresado."

Y mientras firmo, siento que las palabras pesan más que el hierro.

La noche cae, y desde lo alto vislumbro un débil resplandor entre las lomas lejanas que miran hacia Ferreira...

Lejos del camino.

Lejos de todo.

El aire huele a humo y a nieve.

No sé si es presagio o ilusión, pero el silencio se hace más denso, casi vivo.

Las antorchas crepitan, las sombras se alargan, y mis muros parecen escuchar.

Quizás Pedro regrese al amanecer.

O quizás ya no cabalga.

Que el silencio permanezca bajo custodia hasta el amanecer.

CAPÍTULO 3 — ENTRE LAS BRUMAS DEL CAMINO

25 de noviembre de 1512

El amanecer llegó... y con él, el eco del cuerno rompió el silencio de la noche anterior. El presagio se cumplió.

Aquello que anoche fue solo un deseo, hoy se ha vuelto certeza: alguien vuelve por el camino de Guadix.

Han pasado ya diez días desde la partida de mi señor, don Rodrigo, Marqués del Zenete, rumbo a Granada.

Fue el 15 de noviembre cuando cruzó las puertas del castillo entre saludos y plegarias, y el sonido de los cascos se perdió en la distancia del valle.

A su lado partieron dos emisarios de confianza:

— Íñigo de Arévalo, prudente, de mente fría y palabra justa, destinado a permanecer junto al Marqués.

— Pedro de Guadix, jinete discreto, firme y leal, designado para regresar con las primeras noticias.

Antes de partir, el Marqués me dijo:

"Cuando el cielo cambie de luna, espera a Pedro. Será él quien traiga mis palabras."

Desde entonces, la espera se volvió mi compañía.

El viento del Zenete se ha hecho más cortante, y el silencio, más espeso.

Cada noche, las antorchas titilan en mis muros, y cada amanecer trae el mismo horizonte vacío.

Calculábamos que el mensajero regresaría hacia el 20 o el 21, pero los días se apilaron como polvo en el camino.

Ya eran cuatro jornadas fuera de todo cálculo, y hasta los caballos parecían sentir el peso de la ausencia.

Desde hace dos noches, Diego de Baza vigila sin descanso desde la torre oriental.

Ayer, al caer el sol, juró haber visto una sombra entre la bruma del valle —un reflejo de metal, una figura incierta—.

Nadie más lo vio, pero sus palabras bastaron para mantenernos en vilo.

Esta madrugada, cuando la claridad apenas tocaba las torres, el centinela adelantado —el joven Mateo Hernández que vigila desde el repecho norte de la colina— divisó una figura solitaria.

Subía lentamente, inclinada, arrastrando al caballo.

El soldado alzó el cuerno y lanzó un solo toque.

Corto. Seco. Inconfundible.

El sonido me atravesó el pecho.

Tomé mi capa y subí a la torre norte.

Desde allí, a través del aire helado, vi cómo un jinete coronaba la colina.

El caballo avanzaba con paso torpe, el hombre apenas sostenido sobre el arzón, y el viento agitaba su

capa como un estandarte deshecho.

Se acercaba ya por la meseta que lleva al castillo.

Solo entonces, cuando estaba a escasos metros reconocí su rostro.

Éra Pedro de Guadix.

Lo esperábamos desde hacía días... y temíamos no volver a verlo.

Llegó cubierto de polvo y cansancio, con el rostro pálido, los labios secos y la mirada hundida.

Descabalgó sin fuerza, y cuando Diego de Baza corrió a sostenerlo, apenas alcanzó a decir con voz quebrada:

"He venido... desde Guadix..."

Lo llevamos al salón menor, donde el fuego ardía bajo las brasas.

Allí habló, entre pausas largas y respiraciones pesadas, dejando caer las palabras como quien descarga un peso.

Contó que mi señor llegó a Granada el día 19, recibido con respeto y recelo.

Y que, al amanecer del 20, él partió de la ciudad con las cartas selladas destinadas a mis manos.

Pero al llegar a Guadix, al caer la tarde, fue interceptado en el Arrabal de Santiago por soldados del puesto local.

No fue el corregidor quien lo detuvo, sino sus hombres, actuando por precaución.

Le preguntaron qué transportaba y a quién servía.

Pedro respondió con la verdad:

"Sirvo al Marqués del Zenete."

Aquellas palabras bastaron.

Uno de los soldados marchó al Cabildo, y el corregidor, al saberlo, ordenó que fuera retenido mientras se examinaban sus cartas.

Éra tiempo de recelos y sospechas, y todo mensaje sin sello del Cabildo era considerado peligroso.

Así, sin culpa ni delito, fue retenido en Guadix durante cuatro días y cuatro noches.

"No hubo cadenas," murmuró, "pero sí preguntas. Y miradas... de esas que pesan más que el hierro."

Finalmente, ayer, 24 de noviembre, al caer la tarde, le dieron permiso para marchar.

Sin explicación.

Sin disculpa.

Solo un gesto seco y la orden de seguir su camino.

"Los hombres del corregidor —susurró— temen al nombre del Marquesado más que a su espada."

Y así, al amanecer de hoy, 25 de noviembre, entre la niebla y el frío del Zenete, llegó hasta nosotros.

Ahora Pedro descansa en la estancia oriental.

El aire huele a ceniza y distancia.

Las antorchas titilan en los muros, y la bruma cubre otra vez la colina, como si el camino quisiera borrar las huellas de su regreso.

El silencio se ha instalado de nuevo, denso y antiguo.

Y yo, Alonso de Toledo, Guardián de las Llaves, sé que este silencio ya no es de espera... sino de advertencia.

Que el viento del Zenete guarde este testimonio, y que las llaves del castillo no olviden lo que esta bruma ha traído consigo.

— Alonso de Toledo, Guardián de las Llaves

CAPÍTULO 4 — EL RUMOR Y EL RELEVO

28 de noviembre de 1512

Tres días han pasado desde el regreso de Pedro de Guadix.

Aún se recupera en la estancia oriental, bajo la atenta vigilancia de Gonzalo de Padilla.

Relata cómo el corregidor de Guadix abrió las cartas que portaba, enviadas desde Granada por orden del Marqués del Zenete, y cómo, tras examinarlas, las devolvieron sin hallar en ellas nada comprometedor: eran simples instrucciones para la administración diaria del castillo y el control de provisiones.

Nada que justificara su retención, pero suficiente para revelar que ya hay ojos sobre nosotros.

Hoy, desde la plaza de La Calahorra, han llegado nuevos rumores con los viajeros que suben por la colina.

Dicen que un emisario del cardenal Cisneros se hospeda en Guadix, y que pregunta por el Marqués del Zenete y sus hombres en Granada.

Nadie sabe a quién responde, pero su sola presencia basta para que las gentes bajen la voz y el aire se vuelva más frío.

He reunido a mis hombres en el salón menor:

Diego de Baza, firme y constante;

Gonzalo de Padilla, prudente y sereno;

y el joven Alonso de Dólar, deseoso de servir por primera vez como emisario.

Sobre la mesa reposan las nuevas cartas que partirán hacia Granada.

Las he redactado con mi propia mano y sellado con la cera roja del Marqués, para que solo él las lea y nadie más conozca su contenido.

En la primera, informo a mi señor de los hechos acontecidos desde la partida: el regreso de Pedro, su detención en Guadix, y la creciente inquietud entre los hombres por los rumores que circulan en la comarca.

En la segunda, le describo la situación en La Calahorra: el temple del pueblo, las reservas de víveres, y el comportamiento de los criados y soldados bajo mi mando.

Y en la tercera, más breve, advierto con discreción sobre lo que observo cada tarde: esa columna de humo que se levanta desde las lomas de Ferreira, siempre en el mismo lugar, siempre al caer el sol.

He decidido desechar la ruta de Purullena y los pueblos del llano, ya demasiado vigilados por los hombres del corregidor.

El nuevo mensajero, Alonso de Dólar, tomará la ruta de las montañas del suroeste, un paso solitario, oculto entre pinares y robles, sin ventas ni postas.

Si parte al amanecer, podría alcanzar Granada en dos o tres días, con tiempo sereno.

He asentado en mi registro:

28 de noviembre de 1512, anochecer.

"Preparativos para el relevo.

Alonso de Dólar portará las cartas del Guardián al Marqués.

Contienen informe general del castillo y del pueblo de La Calahorra, y observaciones sobre las señales de humo en Ferreira.

Rumores persistentes sobre emisario del Cardenal Cisneros.

Desechada la ruta de Purullena.

Se tomará la senda de las montañas del suroeste.

Salida prevista: 29 de noviembre, al amanecer."

Desde la torre oriental contemplo el valle.

Las luces del pueblo titilan como luciérnagas; las voces se apagan en la plaza.

Y en el horizonte, sobre las montañas, una columna de humo asciende una vez más, como una señal que solo el viento sabe leer.

Yo, Alonso de Toledo, Guardián de las Llaves, he sellado mis cartas con cera roja y con silencio.

Mañana, cuando Alonso parta al alba, la montaña guardará su secreto.

CAPÍTULO 5 — LA TRANQUILIDAD DEL VALLE

29 de noviembre de 1512

El castillo duerme, y solo mi lámpara sigue encendida en la torre oriental. El reloj de arena marca el paso de la segunda vigilia; afuera sopla un viento leve, y las antorchas del patio vacilan con cada ráfaga. Escribo mientras espero el regreso de la comitiva que partió a primera hora de la tarde hacia las lomas de Ferreira.

Deberían volver antes de medianoche, si el terreno y el silencio se lo permiten.

Ha sido un día largo, lleno de señales.

Al amanecer, Alonso de Dólar partió hacia Granada para llevar mis cartas y dar relevo al emisario Íñigo de Arévalo, que continúa al servicio del Marqués.

Le entregué las cartas justo cuando se abrió la puerta principal.

No antes.

No dentro.

Solo cuando el camino ya lo reclamaba.

Bajó por la ladera oeste de la colina y su figura se perdió pronto en la neblina.

Cinco son los emisarios que mantienen vivo el hilo entre estas murallas y mi señor:

Pedro de Guadix, prudente y sufrido;

Íñigo de Arévalo, astuto y reservado;

Diego de Baza, constante y recio;

Gonzalo de Padilla, sereno y calculador;

y el joven Alonso de Dólar, valiente, de paso firme y mirada limpia.

Los cinco elegidos por el Marqués —algunos por su propia mano, otros sugeridos por mí— responden ante mi voz y llevan en sus sellos la confianza de don Rodrigo.

Ellos son los portadores de su voluntad cuando el Marqués se ausenta.

A mediodía, cuando el sol se alzó sobre el valle, Diego subió a la torre occidental para relevar al centinela.

Poco después bajó con el rostro pálido:

"Otra vez el humo —dijo—, pero más espeso... y más cerca."

Subí con él.

Desde la altura, el valle parecía inmóvil, pero al fondo, en dirección a Ferreira, una columna gris se elevaba recta hacia el cielo.

No era fuego de pastores ni brasas de carboneros.

Era humo nuevo.

Humo sin explicación.

Ordené entonces formar una pequeña comitiva:

Diego de Baza, Gonzalo de Padilla, el joven Mateo y dos lanceros más.

Partieron a primera hora de la tarde con instrucciones de regresar antes de la medianoche.

Y ahora, mientras escribo estas líneas, la arena cae lentamente en el reloj.

El eco de los cascos aún no se escucha.

El humo, en algún punto del valle, quizá siga ardiendo.

Todo parece tranquilo, pero la calma no me engaña.

El silencio pesa más que el rumor del día, y el castillo siente cuando algo se aproxima.

No quise dejar constancia de esto en el registro oficial, pero lo escribo aquí, en estas páginas privadas:

A veces, la calma no es descanso... sino advertencia.

Que la tranquilidad del valle no adormezca la vigilancia del Guardián.

Que el humo sea recordado hasta que el viento decida hablar.

—Alonso de Toledo, Guardián de las Llaves

CAPÍTULO 6 — EL HUMO DE FERREIRA

30 de noviembre de 1512, madrugada

La ampolleta de arena se agotó hace horas.
Ya no la giro.

De poco sirve medir el tiempo cuando no hay señales de regreso.

La noche se ha disipado lentamente sobre la colina, y una bruma densa cubre todo cuanto hay más allá de Ferreira.

Desde la torre oriental distingo apenas las sombras del valle, pero no hay movimiento, ni luz, ni eco de cascós.

Partieron ayer, a primera hora de la tarde, y debían volver antes de la segunda vigilia.

El sol comienza a insinuarse sobre las montañas del Este, pero no se ve humo, ni señal alguna.

Solo un velo blanco que parece querer ocultarlo todo.

He preguntado a los vigías:

nadie ha visto resplandores en la senda, ni señales de la comitiva.

El humo que ayer se elevaba firme sobre las lomas ahora parece haberse deshecho entre la niebla, como si el valle quisiera borrar su propio recuerdo.

He sentido las llaves temblar en mi cinturón.

Y cada vez que el viento azota desde el Este, el aire trae un rumor bajo, semejante a un lamento.

Tal vez sea el de los heridos.

Tal vez algo más.

Mientras tanto, en las lomas de Ferreira...

La comitiva había alcanzado el interior del bosque.

El sendero se estrechaba entre los pinares, donde apenas penetraba la luz.

Las antorchas lanzaban reflejos anaranjados sobre los troncos húmedos, y el aire olía a resina, a hierro y a humo antiguo.

A lo lejos se abría una planada circular, un claro entre los pinos donde la hierba aparecía ennegrecida y el suelo mostraba marcas de fuego.

Éra el lugar exacto desde donde, horas antes, se había elevado la columna de humo visible desde el castillo.

Avanzaban a caballo, despacio, con los animales inquietos.

El humo ya no subía: se arrastraba a ras del suelo, como si buscara permanecer oculto.

De pronto, el caballo blanco de Mateo tropezó con algo metálico.

Relinchó y se encabritó, levantando tierra y ceniza.

El joven logró contenerlo, y al mirar hacia el suelo vio lo que había provocado el tropiezo: una argolla de hierro forjado, gruesa, clavada en el centro de una losa ennegrecida, a medio ocultar entre raíces y

barro.

Gonzalo de Padilla desmontó y se inclinó para observarla.

La piedra era lisa y fría, pero al tacto vibraba levemente, como si guardara un rumor interno.

El metal de la argolla estaba tibio, demasiado tibio para una noche tan fría.

Diego de Baza desmontó también.

Con la punta de su lanza apartó la tierra que cubría la losa, y una luz azulada, breve, se filtró entre las rendijas de la misma.

Los caballos se inquietaron, girando sobre sí mismos.

Un estallido seco quebró el silencio del bosque.

Uno de los lanceros cayó, alcanzado en la pierna por un fragmento desprendido de la losa.

Mateo, aún montado, intentó acercarse, pero al estirar el brazo para sujetar las riendas rozó con la mano la argolla.

Un destello le recorrió el cuerpo; cayó de espaldas, inmóvil, con el brazo rígido y el rostro pálido.

"¡Atrás!", ordenó Gonzalo.

El humo se cerró sobre ellos.

Diego corrió hacia el joven; respiraba, pero su pulso era débil.

El lancero herido seguía consciente, sangrando.

Encendieron otra antorcha.

El resplandor bajo la losa seguía vivo, débil, como si latiera bajo la tierra.

"Esperaremos al amanecer", dijo Gonzalo.

Y durante horas, los cinco hombres permanecieron allí, entre los pinos, los caballos y el humo que no quería morir, esperando la primera luz del día.

Desde mi torre, observo la colina.

La arena de la ampolleta descansa inmóvil, y las llaves siguen vibrando.

Cuando el sol asome tras las montañas del Este, sabré si la noche fue solo larga... o eterna.

El humo no miente.

Solo oculta aquello que aún no puede ser visto.

—Alonso de Toledo, Guardián de las Llaves

CAPÍTULO 7 — LOS QUE REGRESARON

30 de noviembre de 1512, octava hora

Desde el amanecer he repasado sus nombres:

Los cinco que partieron hacia las colinas de Ferreira, donde el humo se alzó ayer entre los pinares y el silencio.

Gonzalo de Padilla y Diego de Baza, emisarios del Marqués y hombres de probada lealtad;
el joven Mateo, su asistente, más veloz que prudente;
y los lanceros Hernando de Ferreira, elegido por conocer como nadie aquel paraje, y Manuel de Alquife, curtido en guardias de montaña.

Cinco fueron los que se internaron en el bosque, y cinco deberían regresar.
El tiempo avanza sin traer señales, y el silencio se ha vuelto insoportable.

A la octava hora bajo desde la torre oriental y salgo del castillo.
Camino junto a la base de sus muros, en la parte oriental, donde la piedra aún guarda el calor del sol.
El aire es seco; el cielo, cada vez más nublado.
El viento del Este levanta polvo en los bordes de las sendas.

Ando de un lado a otro, sin saber si busco o espero.
Miro el valle, luego las lomas, luego el horizonte.
Todo parece quieto... hasta que algo se mueve en la distancia.

Parecen cinco figuras a caballo.
Se distinguen apenas, pequeñas, temblorosas entre el polvo y la luz gris.
No puedo ver sus rostros ni sus armas.
Pero algo en su paso me resulta familiar.

No puedo asegurarlo...
aunque todo me dice que deben de ser ellos.

Ojalá lo sean.

El aire se enfría de golpe.
Y permanezco allí, inmóvil, viendo cómo se acercan lentamente, sin atreverme todavía a creerlo del todo.

Mientras tanto, en las estribaciones bajas de la gran cordillera nevada...

El mensajero Alonso de Dólar sigue su marcha hacia Granada.
Partió en la mañana de ayer, 29 de noviembre, llevando las cartas selladas del Marqués para relevar al emisario Íñigo de Arévalo.
Evitó la ruta de Purullena y Guadix, tomando el paso por las montañas del suroeste: un camino más silencioso, más abrupto y más difícil, donde la roca corta el aire y las sendas se pierden entre ramblas, encinas y pinos.

El viento sopla del Este, el mismo que golpea las murallas que guardo.

Ahora lo empuja por la espalda, frío y constante, como si quisiera apresurarlo y traer consigo el invierno.

El aire es seco y el cielo, cubierto;

cada legua parece repetirse en la misma piedra y el mismo silencio.

Lleva ya un día de marcha, y apenas ha cubierto la tercera parte del trayecto.

Si todo va bien, alcanzará Granada en dos jornadas más, el 2 de diciembre.

Y aquí sigo yo, esperando noticias tuyas, mientras el día declina y el invierno se prepara para quedarse.

—Alonso de Toledo, Guardián de las Llaves

CAPÍTULO 8 — LA VOZ DE LOS HERIDOS

30 de noviembre de 1512, tarde

No esperé a que cruzaran el portón.

Estaba ya fuera del castillo, en la ladera baja, donde llevo horas caminando sin rumbo, incapaz de permanecer quieto mientras el silencio del valle seguía sin dar señales.

Y entonces los vi:

cinco jinetes avanzando con paso cansado, los caballos inclinando la cabeza, y los hombres sosteniéndose como podían.

No los recibí desde las torres, sino desde el mismo suelo del Marquesado, con el viento del Este golpeándome en el rostro.

Corrí hacia ellos.

A medida que se acercaban, la verdad se hizo evidente:

los dos heridos eran Mateo Hernández y Hernando de Ferreira.

Mateo mantenía el brazo derecho rígido, pegado al cuerpo, el rostro pálido, los ojos abiertos pero perdidos.

El entumecimiento seguía igual que en la loma, desde aquel instante en que tocó la argolla de hierro.

Hernando de Ferreira, por su parte, apenas controlaba al caballo y llegaba tumbado sobre el animal; la herida de su pierna sangraba por debajo del vendaje apresurado que Gonzalo le había hecho antes de emprender el regreso.

—Al salón—ordené—. Y encended la hoguera.

Condujimos a los cinco al interior.

En el salón, la hoguera ardía ya, rompiendo el frío que traían consigo.

Mateo fue recostado junto al fuego, respirando con dificultad, mientras Gonzalo vigilaba que no perdiera el sentido.

Hernando de Ferreira fue atendido en silencio: agua, paño limpio, un nudo firme para detener la sangre.

Manuel de Alquife permanecía a su lado, sosteniéndole el hombro.

Cuando los dos estuvieron estabilizados, me giré hacia Diego y Gonzalo.

—Decidme qué habéis visto.

Gonzalo habló con calma:

—Llegamos al claro cuando la luz empezaba a caer.

La columna de humo ya no subía, pero el olor seguía vivo en el aire.

En el centro del claro había una losa ennegrecida... y la argolla de hierro.

Diego añadió:

—La piedra estaba caliente, mi señor.

Demasiado para una noche fría.

Y había marcas alrededor.

Como si hubieran movido algo grande.

Me acerqué a Mateo, que seguía temblando.

Hablé suave:

—¿Lo recuerdas?

Tardó unos instantes.

Luego murmuró:

—Había alguien... arriba... entre los pinos.

No se movía.

Solo miraba.

Sus palabras dejaron un silencio pesado en el salón.

Miré la hoguera, como si el fuego pudiera ofrecer respuestas.

—Organizaremos una nueva inspección —dije—.

Con más hombres.

Y al amanecer.

Nada de lo que ocurra en el Marquesado quedará sin nombre.

El viento golpeó entonces los ventanales, como si quisiera entrar a escuchar lo que vendría después...

EL EMISARIO DEL CARDENAL

Un toque solitario sonó en el portón exterior.

Desde la entrada avisaron: un jinete solo, capa negra, caballo agotado.

Lo recibí en mi despacho, la sala donde guardo los pergaminos y el sello del Marqués.

Nadie más entró.

El hombre dejó un tubo de cuero sobre la mesa: sello de cera del Cardenal Cisneros.

—Traigo mensaje para el Marqués del Zenete —dijo—, y preguntas para vos, Guardián.

Sus palabras fueron directas:

—El Cabildo de Granada sabe que el Marqués llegó el día diecinueve.

Sabe también que aquí entran y salen cartas que no pasan por manos del corregidor.

No respondí de inmediato.

—El Marqués sirve a la Corona —contesté—. Y yo guardo sus órdenes.

El emisario continuó:

—Se ha visto una columna de humo en las lomas de Ferreira.

Una sola.

Dicen que alguien vigila desde ese lugar.

No dejé que se adivinara emoción alguna en mi rostro.

—Transmitid al Cardenal —respondí— que nada ocurre en estas montañas sin que el Guardián lo

registre.

Pidió alimento sencillo, apenas reposó, y descendió por la colina antes del anochecer.

— Alonso de Toledo, Guardián de las Llaves

CAPÍTULO 9 — DE LAS SOMBRAS A LA CIUDAD

30 de noviembre — 2 de diciembre de 1512

L A NOCHE EN QUE TODO SE TORCIÓ

La puerta de mi despacho se cerró tras el emisario del Cardenal Cisneros, y el golpe retumbó en la piedra como un veredicto implacable.

Traía un mensaje sellado para mi señor —intacto sobre mi mesa— y demasiadas certezas para haber estado aquí tan poco tiempo.

Sabía del regreso de Pedro de Guadix, sabía de las cartas abiertas por el corregidor, sabía del pulso silencioso entre el obispado y mi señor, y al nombrar al Cabildo su mirada dijo más que sus palabras. Las tensiones por diezmos, tercias y excusados regresaban con fuerza en este otoño de 1512, y comprendí —por primera vez con claridad— que la sombra que Mateo vio entre los pinos tenía más de política que de espectro.

BAJO LA LÁMPARA · MIS SOSPECHAS

30 de noviembre — Noche cerrada

Los heridos reposaban junto a la hoguera, pero en mi despacho solo ardía una lámpara.

Frente a mí: el mensaje sellado, mi sello, y un silencio demasiado pesado para ignorarlo.

Todo lo ocurrido ese día giraba alrededor de un mismo hilo: alguien se movía por nuestras montañas sin temor a ser visto.

Recordé entonces la visita de semanas atrás: Fernando de Zegrí, enviado del Cabildo, curioseó demasiado, preguntó donde no debía y dejó un pergamino que el Marqués abrió días antes de partir.

Lo único que me dijo fue: "Refuerza la seguridad."

Y ahora entendía por qué.

AMANECER ENTRE SOSPECHAS

1 de diciembre — Amanecer

No dormí.

Reuní a mis hombres cuando la luz gris tocó las torres.

Diego de Baza, Gonzalo de Padilla y Pedro de Guadix escucharon mientras les relataba lo ocurrido: la losa ennegrecida, la argolla caliente, el observador oculto en los pinos, los heridos y la visita del emisario.

Y añadí por fin lo que aún no había dicho:

— Puede que el emisario del Cardenal no haya ido a Guadix.

— Puede que siga aquí.

— Y puede que alguien del Marquesado lo esté ayudando.

El silencio fue absoluto.

Ordené máxima discreción, rutas alternativas, ninguna hoguera exterior, y vigilancia reforzada.

También repasé la situación en Granada: Íñigo de Arévalo llevaba allí desde el 15 de noviembre,

cumpliendo su servicio como emisario; y Alonso de Dólar llevaba ya dos días de camino —salió el 29 al amanecer— llevando los tres pergaminos que redacté antes de que ocurriera nada en Ferreira.

MEDIA MAÑANA · DESCENSO AL PUEBLO

1 de diciembre — Media mañana

Bajé a La Calahorra.

El pueblo estaba extraño, aunque había movimiento de mercado en la plaza.

Pregunté por jinetes, por luces, por sonidos, y las respuestas fueron medias verdades:

"Se oyó un caballo a deshora...", "Luces altas en los pinares...", "Un forastero preguntó por Jérez...", "Dos hombres pasaron sin saludar...".

Y ahí comprendí que el emisario, no estaba en Guadix, o no había querido llegar, o alguien le había ofrecido cobijo en estas tierras.

Volví al castillo sin certezas, pero con una idea fija: alguien dentro del Marquesado movía las piezas.

NOCHE DE VIGILIA

1 de diciembre — Noche

Los heridos seguían estables: Mateo sin sensibilidad pero sin fiebre; Hernando de Ferreira con la pierna firme.

Subí a la torre oriental y miré hacia Ferreira.

La noche era una única sombra, pero sentí que alguien también observaba hacia aquí.

Nada era casual.

Todo estaba unido: la argolla caliente, el humo, las tensiones con el obispado, las cartas abiertas, y ahora este emisario que no encaja en su ruta.

Había un hilo.

Y alguien tiraba de él.

GRANADA — 2 de diciembre de 1512 (Mañana)

La ciudad despertaba entre brumas.

Las torres surgían oscuras sobre la vega, y por el oriente, tras dos días de camino duro, Alonso de Dólar descendía hacia Granada.

Había bordeado los montes por rutas discretas —Quéntar, Dúdar, Jesús del Valle— evitando Purullena y cualquier camino vigilado.

Rodeó la muralla norte y alcanzó por fin la Puerta de Elvira, firme, imponente, una de las grandes entradas de la ciudad.

Cruzó sin detenerse.

Subió las cuestas estrechas del Albaicín, entre muros blancos, aleros en sombra y el murmullo de la ciudad despertando.

Llegó al conjunto de viviendas que el séquito del Marqués utilizaba en el barrio, donde fue recibido de inmediato.

Allí descansó su caballo, empapado en sudor seco, y entregó los tres pergaminos sellados.

El Marqués los tomó sin palabra y los leería más tarde, a solas, antes del anochecer.

A Íñigo de Arévalo, su emisario veterano, le aguardaba un nuevo amanecer: el día siguiente, 3 de diciembre, emprendería el camino de regreso hacia La Calahorra siguiendo la ruta segura que había traído a Alonso.

Nada de lo ocurrido en las lomas de Ferreira —ni los heridos, ni el observador oculto, ni la argolla ardiente— había llegado aún a Granada.

Pero aquella lectura cambiaría decisiones importantes antes de que acabara el día.

CIERRE DEL RELATO

Noche del 2 de diciembre — Castillo de La Calahorra

Escribo mientras el frío cala en los muros y mis hombres vigilan en silencio.

Sé que el emisario no caminó solo.

Sé que alguien le ofreció cobijo.

Sé que las sombras del Marquesado no se mueven por sí mismas.

Lo juro por estas llaves: antes de que el invierno muerda más hondo, encontraré quién abre las puertas a esta oscuridad.

— Alonso de Toledo, Guardián de las Llaves